



EL MIRLO EN LAS TINIEBLAS

FREDA WARRINGTON

Volumen 2



Ashurek, príncipe de Gorethria, Estarinel, procedente de la feliz tierra de Forluin, y la enigmática Medrian prosiguen su camino para intentar cumplir su gran Misión.

Tras haber viajado al fabuloso Plano Azul, los tres personajes, destinados a soportar una búsqueda tan peligrosa y traicionera como no se había visto otra, embarcan en la misteriosa nave la *Estrella de Filmoriel*.

Portadores de la mágica Vara de Plata, llegan a la sorprendente Ciudad de Cristal, donde los aguarda un antiguo terror. Luego, a través de tierras heladas y desiertas, siguen avanzando incansables.

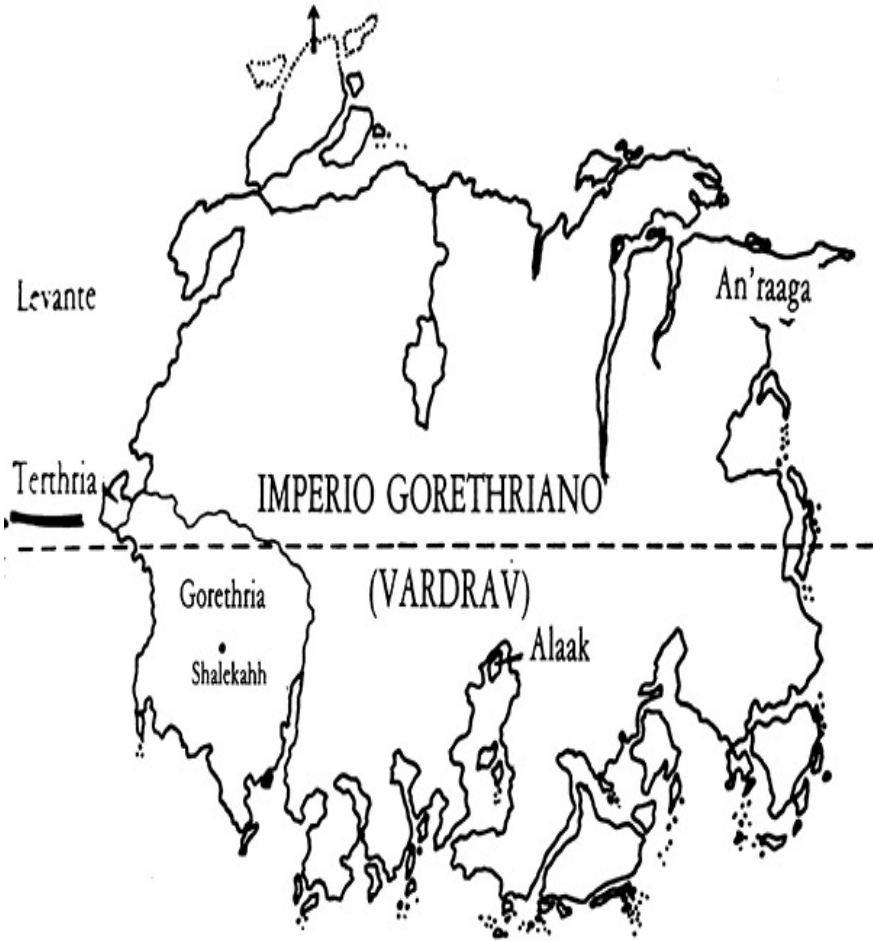
Desde el Plano Azul al Plano Negro, pasando por las duras tierras salvajes de la tundra, se encontrarán con multitud de personajes misteriosos y diversos como la Señora de H'te-bhmella, una criatura etérea, hermosa y rodeada de luz azul, y Arlenmia, un ser escultural con luminosos ojos de un penetrante color turquesa.

Ashurek, Estarinel y Medrian saben que hallen lo que hallen nunca deben abandonar la esperanza hasta que su Misión de librar al mundo del dominio de M'gulfn se haya cumplido. El encuentro con el monstruo es terrorífico y las consecuencias sobre Medrian, irreparables.

Con *El mirlo en las tinieblas* continúa la epopeya que constituye **El imperio de Gorethria**.

*Para Hazel, Colin y Hannah Rose, John Richard Parker y
Carolyn Caughey, con amor y agradecimiento.*

en invierno, helado hasta la zona ártica





Capítulo 1

LA MISIÓN DE LA SERPIENTE

Hasta donde alcanzaba la vista, el Plano Azul H'te-bhmella se extendía en todas direcciones. Era bastante llano, pero brillaba con una miríada de azules acuáticos, como la faceta de un zafiro infinito. Islas y agujas de cristal surgían por doquier del agua brillante, algunas cubiertas de una vegetación iridiscente, otras mostrando la sencilla belleza de la roca desnuda. Por encima se extendía un cielo claro y pálido. Siempre estaba despejado, ya que no era un cielo verdadero, pero, a veces, su suave luz de amatista se oscurecía y adquiría un tono de crepúsculo azul, respondiendo a los ritmos místicos de la existencia del Plano.

El Plano Azul era el único lugar que ofrecía refugio del mundo dominado por la Serpiente. Dado que existía en una dimensión distinta a la Tierra, la terrible Serpiente M'gulfn no podía tocarlo, y aquí descansaban y esperaban los tres viajeros que se habían embarcado en una Misión para destruir a M'gulfn.

Los tres parecían extraños compañeros. Estarinel era un amable joven de la que fuera pacífica isla de Forluin; Medrian, una mujer alaakina que constantemente mantenía una máscara de severa reserva en torno a sí, y Ashurek era el Príncipe de Gorethria, alto y de piel oscura, cuyos malvados actos —de los que se había arrepentido hacía tiempo— lo habían convertido en una figura temida en todo el mundo. Se habían encontrado por vez primera en la Casa de Rede, la morada del sabio Eldor, que se encontraba en el rocoso y sombrío continente del Polo Sur. Desde allí habían subido a un barco que debería haberlos llevado directamente al Plano Azul, pero la Serpiente, como era de esperar, no tenía ningunas ganas de que la misión dirigida contra ella triunfara. El viaje a H'tebhmella demostró ser complicado y arduo, interrumpido repetidas veces por los agentes de la Lombriz, que intentaban destruir a los viajeros o doblegarlos a la voluntad de M'gulfn. Sólo en el último momento, cuando la muerte parecía inevitable, habían logrado escapar al Plano Azul. Ni siquiera ahora, cuando se recuperaban en la sedante belleza de H'tebhmella, podían evitar saber que aquella paz no podía durar, y que pronto deberían regresar a la Tierra y continuar con la Misión.

Aunque quizá podían esperar unos días más y Estarinel, que no veía Forluin desde hacía un año y que sabía que tenía pocas posibilidades de sobrevivir a la Misión, ansiaba ver por última vez su país.

—Ya te dije que Arlenmia no podía hacer que la Serpiente atacara Forluin una segunda vez —dijo Medrian—. ¿Por qué no me crees?

—Sí, te creo —respondió Estarinel—. No es eso. Es... una sensación. Debo ver Forluin tal y como es en realidad; no las visiones falsas y distorsionadas que me mostró Arlenmia sino la realidad.

Medrian y él paseaban juntos por la orilla de un lago resplandeciente. En el agua, lánguidamente, nadaban grandes caballos de un color azul verdoso como rompientes ba-

ñados por las olas. Un poco tierra adentro se alzaba una hilerera de gráciles árboles con troncos de cristal índigo y hojas que parecían láminas de lapislázuli y ónix. Tímidos animales de otro mundo levantaban sus delicadas cabezas para ver pasar a los dos humanos.

—Bueno, como la Señora de H'tebhmella ha dado su consentimiento, supongo que está bien —dijo Medrian en voz baja.

—¿Vendrás conmigo? —Medrian se volvió hacia Estarinel y el dolor y la nostalgia de su mirada, como siempre, hizo que él deseara abrazarla y besarla, para alejar así su pena. Pero sólo con que le cogiese la mano, ella se apartaría como si la preocupación de Estarinel no hiciera más que agudizar su dolor.

Y eso hizo ahora. Le contestó con sequedad:

—Sí, quiero ir. Pero no me presiones o cambiaré de opinión. —Le dio la espalda y se alejó entre los árboles.

Estarinel la vio irse, turbado. Durante la primera etapa de su viaje, Medrian se mostró reservada, fría y enigmática; su comportamiento había sido contradictorio e inexplicable a veces. El motivo de Estarinel para querer matar a M'gulfn estaba bastante claro: había atacado y devastado su amado país. Y las razones de Ashurek, aunque más complejas, también eran conocidas: llegó a entender, gracias a su amor por la maga Silvren, que la Lombriz era la raíz del monstruoso ciclo de acontecimientos que lo había arrastrado. Sólo matando a M'gulfn podía acabarse con el mal, y además era la única posibilidad de librar a Silvren de su cautiverio en las Regiones Tenebrosas.

Pero, desde el principio, Medrian se negó a contarles nada sobre sí misma ni a Estarinel ni a Ashurek. Todo lo que sabían era que venía de Alaak, una pequeña isla que pertenecía al Imperio Gorethriano. Los alaakinos odiaban a sus opresores gorethrianos y por lo tanto Ashurek nunca había confiado en ella. Las desgracias compartidas unieron a los tres viajeros y la hostilidad de Ashurek hacia Medrian se

desvaneció, pero su motivación seguía siendo un misterio, y la desconfianza que le tenía el príncipe había pasado a un segundo plano, pero no desaparecido.

Quizás Estarinel, en contraste, fuera demasiado confiado. En ocasiones, Medrian incluso le había advertido que no confiase en ella, porque podía traicionarlo de alguna manera. Pero tras su exterior frío e incluso duro, Estarinel sabía que ella sobrellevaba algún tormento interior para el cual no podía encontrar alivio ni salida. Y su preocupación por Medrian se fue convirtiendo gradualmente en amor; un amor que no podía demostrar porque se limitaba a evitarlo, pidiéndole que no le hiciera preguntas, que no le demostrase afecto.

Aquí, en H'tebhmella, donde se decía que era imposible ser desgraciado, Medrian seguía mostrándose fría, encerrada en sí misma y aislada en su pena. Pero se notaba en ella una sutil diferencia: la cualidad siniestra y tenebrosa que poseía se había transformado en una abstracción espiritual, que parecía una mezcla contradictoria de determinación irreductible y desesperanza.

Estarinel, Medrian y Ashurek llevaban tres días en el Plano Azul. De no haber sido por el oportuno rescate del castillo de Gastadar, habrían muerto con toda certeza, pero el aura curativa de H'tebhmella ya les había devuelto la salud, haciendo desaparecer las enfermedades y cerrando las heridas como si su horrible prueba nunca hubiera ocurrido. Quedaban los recuerdos, pero parecían muy lejanos para poder alcanzarlos en el remoto reino del cristal azul.

El día de su llegada, la Señora del Plano Azul les habló extensamente sobre la existencia de la Tierra y los Planos y de cómo la Serpiente había llegado a ser. Les contó que, aunque la criatura era virtualmente indestructible, debía morir o sucedería un desastre en la Tierra y en el Universo. Los Guardianes, seres neutrales que intentaban equilibrar las energías en el cosmos, estaban preparando un arma, conocida como la Vara de Plata, para que fuera usada

contra M'gulfn. Sin embargo, la Serpiente sólo sería vulnerable mientras no recuperase su tercer ojo, la Piedra Ovoide que Ashurek había encontrado y perdido.

Desde luego, no existía posibilidad alguna de recuperar la Piedra Ovoide, ya que había caído en la masa de lava de un volcán. Pero quedaban otras preguntas sin respuesta: Miril, la extraña criatura con forma de pájaro a quien Ashurek robara la Piedra Ovoide, le había advertido que, a menos que volviera a encontrarla, el mundo estaba perdido. Y se decía también que la Serpiente poseía un receptor, un humano desconocido al cual podía huir su espíritu si su cuerpo era atacado. Eso, más que todo lo demás, la hacía indestructible. Pero parecía que ni siquiera la Señora tuviera respuesta para estos misterios.

Incluso si encontramos la Vara de Plata, y Miril y lo demás carecieran de importancia, seguimos siendo humanos que pueden fallar, pensó Estarinel juzgando la situación con severidad. ¿Cómo vamos a enfrentarnos al clima del Ártico y menos aún al poder y a la astucia de la Serpiente?

Descubrió que conforme su cuerpo recuperaba la salud, su mente se inquietaba más y más. Se sentía más receloso ahora que en cualquiera de las etapas previas de la Misión; había sido más fácil soportar lo que sabía cuando se encontraba enfermo y desesperado. Ahora le parecía que, por muchas vueltas que le diera en la cabeza a los pensamientos y posibilidades, la situación se presentaba cada vez peor.

Ashurek había dicho que sentía que no actuaban por propia voluntad sino que eran manipulados por los poderes invisibles del Universo. Cuanto más lo pensaba, más lo creía Estarinel. Lo sumía en una frustración demasiado encerrada en sí misma como para convertirse en ira, aunque veía la verdad de aquella suposición en cuanto lo rodeaba. Eldor no les había dicho todo lo que sabía. Pensaba que tampoco la Señora se lo había contado todo, e incluso Ashurek podía estar ocultando algunas cosas. En cuanto a

Medrian... sacudió la cabeza. En los momentos más pesimistas, sentía que algo estaba de verdad manipulando la Misión, empujando a tres humanos a una encrucijada imposible con el mínimo de ayuda o consejo, como si fueran marionetas, y que Ashurek y Medrian, a regañadientes, estaban aliados con el despiadado titiritero.

Yo vine sólo para ayudar a mi pueblo, para intentar salvar Forluin de la destrucción, pensó. ¿Cómo se han complicado tanto las cosas? Cuando pensaba en la hermosa isla que había abandonado, en las gentes amables y cariñosas destrozadas sin motivo por la Lombriz gris, su confusión y su tristeza se revolvían aún más en su fuero íntimo. Era difícil asimilar lo salvaje e indiferente que era el mundo fuera de Forluin, y se preguntó si podría resistir esa terrible revelación como para continuar con la Misión.

—¡Estarinel! —La llamada lo sobresaltó y le hizo mirar a su alrededor. Por la orilla se le acercaba una mujer alta, con una resplandeciente cabellera de color castaño y ojos festivos. Tenía un porte orgulloso y el rostro iluminado de alegre coraje. Ensimismado como estaba en sus pensamientos, por un momento no recordó quién era. Luego cayó en la cuenta.

—Hola, Calorn —la saludó y se esforzó por sonreír. Era la guerrera a quien los h'tebhmellienses habían designado para ayudar en la siguiente etapa de la Misión.

—Pensé que como pronto viajaremos juntos, estaría bien que nos conociésemos un poco —explicó ella con una sonrisa amigable—. Pero pareces turbado. Si no quieres hablar ahora...

—No, no pasa nada. Me encanta tu compañía.

—Bien, busquemos un lugar donde sentamos.

Caminaron siguiendo la orilla hasta que ésta después de una curva se elevó por un montículo de roca azul cristalina. Estarinel buscó a Medrian, pero no se la veía por ningún lado; no se dio cuenta de cómo lo miraba Calorn mientras se sentaban en el montículo.

Calorn se preguntaba si Estarinel había cambiado mucho desde que comenzó la Misión; imaginaba que debía haber sido menos delgado, quizá con aspecto más joven, y sin la obsesión sombría de la mirada. Seguía teniendo los rasgos hermosos y despejados de un forluinita, pero su rostro mostraba ahora ciertas arrugas y cicatrices inextricables, y su pelo negro y ligeramente rizado le había crecido mucho, dándole un aspecto casi salvaje. Tenía los rasgos de la determinación y la desesperanza.

—Estarinel, pareces tan desanimado. ¿No te ha curado H'tebhmella? ¿No eres feliz aquí?

—Demasiado feliz —suspiró él—. Quizá sea ése el problema. Desde que la Serpiente atacó mi tierra y durante todo nuestro viaje, nunca he tenido tiempo de pensar. Ahora no puedo dejar de hacerlo...

—¿Te serviría de algo contármelo? —preguntó Calorn. Estarinel dudó, pero vio la amistad en los claros ojos color ámbar de la guerrera y supo que podía confiar en ella.

—No sé, Calorn. Es la hermosura de este lugar, y saber lo que está pasando en la Tierra y a qué tendremos que enfrentarnos cuando volvamos a ponernos en marcha. He decidido visitar Forluin antes de que partamos y no sé si hago bien. Luego estar esperando noticias de la Vara de Plata es terrible y hay tantas cosas que no sabemos...

Se quedó callado un instante mirando un risco de rocas de color de aguamarina al otro lado del lago.

—Pero lo que más me preocupa es Medrian.

—¿Por qué? Parece tener tanto control sobre sí misma.

—Parece... pero hay algo en ella que no marcha, algo terrible y no quiere o no puede decirnos qué es.

Sacudió la cabeza y sonrió con desgana.

—Lo siento Calorn, no debería preocuparte con estas cosas. No hay nada que hacer.

—H'tebhmella podría darte tranquilidad de espíritu si no te encerraras en ti mismo —sugirió Calorn con dulzura.

—No me atrevo a aflojar —replicó él—. Si olvidara, perdería el ánimo para seguir adelante.

Vio que una pequeña barca se deslizaba por el lago. En ella iban Medrian y la Señora de H'tebhmella. Observó la embarcación hasta perderla de vista, preguntándose a dónde iban y que le estaría contando Medrian a la Señora que no pudiera contarle a él.

—Bien, ¿y qué hay de ti, Calorn? —preguntó, intentando parecer despreocupado—. Ya te enteraste de todo acerca de nosotros cuando llegamos aquí, pero todavía no sé nada de ti.

Ella hizo una mueca.

—No hay mucho que contar, en realidad. Sólo soy una guerrera encargada de ayudaros en la Misión.

—No me digas que vas a ser incluso más callada que Medrian —insistió él, y el genuino interés de su mirada, animó a Calorn.

—Bien, si insistes... vengo de un mundo que algunos llaman Ikonus, un hermoso mundo verde —comenzó—. Siempre tuve ganas de viajar y aprender, incluso cuando era niña; ese afán me llevó al lugar de aprendizaje más grande del mundo, la Escuela de Magia. No estudié magia, ¡resultaba demasiado esotérica para mí!, sino las artes básicas, las disciplinas castrenses y las Vías entre los mundos. Pero un desastre asoló Ikonus...

Titubeó y Estarinel dijo:

—Si te hace daño, no...

—No, no pasa nada. Estaba pensando, es una larga historia, extrañamente relacionada con los acontecimientos de tu mundo; no me había dado cuenta de eso hasta ahora. Sabes, Silvren y Arlenmia estuvieron en la Escuela de Magia al mismo tiempo que yo.

—¿Silvren y Arlenmia? —repitió incrédulo Estarinel.

Calorn hizo una pausa y luego continuó:

—Te lo contaré más tarde, porque creo que a Ashurek también le interesará. Por ahora, te diré que fue Arlenmia la

que arruinó mi mundo.

Estarinel la miró aturdido.

—No puedo creerlo —murmuró—. Sigue.

—Bueno, Ikonus estaba muriendo, o muy enfermo, pero cuando ofrecí mis servicios al Mago para ayudar a curar el daño, se me dijo que no había nada que pudiera hacer. Por un lado me enfadé, por otro me sentí aliviada. Usé el conocimiento que tenía para abandonar Ikonus y explorar otros mundos. No he vuelto nunca.

Decidí que aunque no pudiera ayudar a mi propio mundo, al menos podía intentar ayudar a otros contra la gente como Arlenmia —sonrió—. Es irónico ¿verdad? Tras años de viajes y luchas, llegué por fin a H'tebhmella, y me puse a su servicio. Supongo que soy una especie de mercenaria —dijo pensativa—. Mi recompensa es poder creer que lucho al lado de los justos. Sé lo importante que es vuestra Misión. Creo que la Señora ya os contó que mi tarea, dado mi conocimiento de las Vías entre los mundos, es guiaros por la senda que lleva al dominio de la Vara de Plata. Es esencial que no os falle.

Estarinel contempló a Calorn durante unos instantes antes de responder. De repente la veía bajo otra luz: una mujer que había dejado atrás su propio mundo en ruinas sin amargura había seguido adelante, con alegre coraje, para luchar por otras gentes. ¿Habría sido yo capaz de hacer lo mismo en su lugar?, pensó. Si Forluin está perdido, ¿puedo abandonarlo y olvidar?

Sabía que la respuesta era negativa.

Ya lo había demostrado, al decidir volver allí antes de terminar la Misión, y aunque presentía que era una decisión equivocada en todo sentido, no podía resistir el impulso de volver.

—¿De verdad te sientes tan responsable de nosotros? —dijo al fin—. Este no es tu mundo y apenas nos conoces. No puede importarte si fracasas.

—¡No he aceptado esta misión a la ligera! —respondió ella con vehemencia—. Hice un juramento, a la Señora y a mí misma, de servir a los h'tebhmellienses. ¡No habría aceptado esta misión si no fuera a dedicarme por entero a llevarla a cabo! Créeme, le importará a todo el mundo si fracaso. Estarinel —su tono se suavizó pero siguió siendo firme—, debes confiar en mí.

Le importará a todo el mundo si fracaso, repitió Estarinel para sus adentros.

—Confío en ti —le dijo—. Perdóname. El cinismo de Ashurek es contagioso. ¿Puedes contarme algo de la Vara de Plata y del viaje para ir en su busca?

—Desde luego. Te diré todo lo que sé —dijo ella, sonriendo cuando él le respondió con un gesto irónico.

—Menos mal. Ya me esperaba otro críptico «Ese conocimiento puede esperar».

—Puede que lo que sé no te sirva de mucho, pero haré lo que pueda. —Calorn rió y apartó sus cabellos castaños del rostro—. No conozco el origen de la Vara de Plata, cómo se creó ni por qué. Apenas sé lo que es, un arma de enorme poder. En el curso de los milenios han sido muchos los que la han buscado y sólo unos pocos han sido juzgados capaces de usarla. Las condiciones para su uso son que quien emprende la Misión tenga un propósito puro y que se enfrente a un mal lo bastante grande como para absorber todo el poder de la Vara. Si se usase contra un mal menor, o de forma equivocada, podría destruir un planeta entero.

Los Guardianes siempre la han vigilado, pero es la Vara la que elige quien puede usarla. Elige... bueno, elige poniendo pruebas a los candidatos. Los que fallan, suelen volverse locos. —Las palabras parecían salirle con dificultad de la garganta, como si no quisiera hablar de lo que había aprendido—. Pero esta vez las cosas son distintas. Los Guardianes están usando la Vara para capturar la energía positiva perdida de la Tierra, que puede destruir a la Ser-